

Segundo Congreso Internacional de Ciencias Humanas "Actualidad de lo clásico y saberes en disputa de cara a la sociedad digital". Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, San Martín, 2022.

Fetichismo e idolatria. De la teología al marxismo y del marxismo a la teología.

Maximiliano Cladakis.

Cita:

Maximiliano Cladakis (2022). *Fetichismo e idolatria. De la teología al marxismo y del marxismo a la teología*. Segundo Congreso Internacional de Ciencias Humanas "Actualidad de lo clásico y saberes en disputa de cara a la sociedad digital". Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, San Martín.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/2.congreso.internacional.de.ciencias.humanas/324>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoQd/yd1>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Alienación e idolatría. De la teología al marxismo y del marxismo a la teología.

En *Marx y su concepto de hombre*, Erich Fromm (1970) sostiene que el problema de la alienación es un eje temático que atraviesa todas las obras de Marx, desde sus escritos de juventud hasta *El capital*. El planteo de Dussel es similar. En *Las metáforas teológicas de Marx*, señala que, a pesar de los muchos y variados cambios, en el pensamiento de Marx, el problema de la alienación es fundamental a lo largo de las décadas.

Cabe destacar, en este sentido, que la problemática marxiana en torno a la alienación, lleva consigo la problemática en torno a lo humano y al consiguiente proceso de deshumanización llevado a cabo por el capitalismo. Ya en los *Manuscritos de 1844*, el problema de la alienación es un tema de gran importancia. En estos escritos la alienación aparece como una de las consecuencias más relevantes del sistema capitalista y de la forma en que se dan, en este, las determinaciones históricas del trabajo.

En los *Manuscritos* el capitalismo aparece caracterizado fundamentalmente como sistema de mercancías. Los productos sólo encuentran, por tanto, su sentido a partir del valor de cambio, cuya expresión más acabada es el dinero. Marx señala que, bajo este sistema, el obrero, no sólo ve como el producto de su trabajo se transforma en una mercancía que no le pertenece, sino que su mismo trabajo es también una mercancía. “La alienación del obrero significa no sólo que el trabajo de este se convierte en un objeto, en una existencia exterior, sino además que su trabajo existe al margen de él, extraño a él, y que se convierte en un poder autónomo frente a él, que la vida que le ha prestado al objeto se opone a él, hostil y extraña”(Marx, 2009: 114).

Por otra parte, si bien el capitalista es quien se apropia, tanto del producto del trabajo del obrero, como así también de la misma fuerza de trabajo, la existencia del capitalista también es una forma de existencia alienada ya que no forma parte del proceso de producción. Por un lado, el obrero ve que el producto de su esfuerzo es algo ajeno a él. Por otro, el capitalista se apropia de un producto acabado al que, al no ser él mismo parte del proceso de producción, cree dotado de un valor en sí. Ni uno, ni otro ven reflejado en el producto la humanidad por la que este se encuentra constituido.

En ese doble juego, la mercancía se transforma en un poder sobrehumano que determina sus propias leyes y ante la cual el hombre aparece como un ser impotente. Sin embargo, este fenómeno se encuentra fundado en la forma de producción capitalista, donde el productor no goza del producto y quien goza del producto no es su productor. La omnipotencia de las mercancías, por lo tanto, se encuentra fundada en una relación social determinada, es decir, en una forma en la que los hombres se relacionan entre sí.

En *El capital*, Marx profundiza este fenómeno, sobre todo en el apartado “El fetichismo de la mercancía y su secreto”. Con “fetichismo de la mercancía”, Marx se refiere al hecho de que una relación entre personas se presenta como una “cosa” con leyes propias al tiempo que oculta su carácter netamente social. Hay un carácter metafísico y teológico en la mercancía (Marx, 1973) ya que presenta como un valor en sí, lo que es una relación interpersonal.

Es interesante, en este punto, destacar que *El capital* comienza con el abordaje en torno a la mercancía tal cual esta se presenta en las sociedades capitalistas: es decir, como un “hecho”, como algo dado, poseedor de un valor intrínseco, para luego desplegar su exposición hacia la totalidad del sistema capitalista y descubrir que lo que se presenta como lo más concreto es, en verdad, lo más abstracto.

En el capitalismo la mercancía se presenta como algo dotado de vida, con sus propias leyes, como un fenómeno de la naturaleza cuyo despliegue los hombres deben analizar de manera objetiva. Se trata de un fenómeno de fetichismo porque el objeto, en este caso la mercancía, es investido de una vida que no posee. Es el hombre quien crea la mercancía, esta surge de un sistema de relaciones interpersonales; sin embargo, esto no aparece como tal frente a los mismos hombres. El fetichismo hace que la mercancía se convierta en una especie de subjetividad omnipotente que domina la vida de los hombres,

Dussel señala que esta lógica de fetichización es equiparable a la lógica de la idolatría denunciada por los Profetas del Antiguo Testamento. La mercancía se vuelve un Dios al cual los hombres veneran y sacrifican sus vidas.

Dussel arriesga una tesis polémica pero que no carece de argumento. Dentro de la lógica marxista, el dinero se presentaría, en términos teológicos, como el “anticristo”. En efecto, el movimiento especulativo del Dios que se hace carne es el movimiento inverso al del dinero que se presenta, en la sociedad capitalista, como *Theos*.

Puede verse cómo usa Marx el Nuevo Testamento de manera muy sutil y versada. Toma el dinero como la «inversión» de Cristo, como el Anti-cristo. Mientras Cristo era de «figura divina» y se alienó asumiendo la «figura de siervo», el dinero (en movimiento contrario), siendo de «figura de siervo», se transforma en «dios» (el fetiche). Cristo se humilló, bajó; el dinero sube, se diviniza. Se trata de una inversión. Esta manera «metafórica» de usar temas bíblicos y teológicos, por parte de Marx, obliga a una atenta lectura oblicua, que exigía una doble competencia: filosófico-económica y teológica, que nunca se daba (ni entre los marxistas, ni entre los antimarxistas prejuiciados apriori contra Marx). Sólo una lectura atenta, abierta, que descubra la lógica del discurso filosófico-económico de Marx podía imaginar esta hipótesis interpretativa (Dussel, 2002: 170).

El fenómeno de la divinización del dinero ya aparece en los *Manuscritos*, donde es definido como la mercancía por excelencia. La sociedad capitalista es un gran mercado donde todo es intercambiable. En tanto mediador universal, el dinero se constituye no sólo como *médium*, sino también como *telos*. El dinero se vuelve *arché* de la existencia. El hecho de ser mediador universal hace que sea el bien supremo, el bien universal. Esta universalidad le otorga una omnipotencia ontológica. Las capacidades, cualidades y características de los sujetos se trastocan, el *ser* se disuelve en la *universalidad* de la forma dinero. Cada sujeto no es otra cosa que el dinero que posee (lo que implica, a su vez, que cada sujeto es lo que determina el dinero por el cual es poseído). “Aquello que puedo pagar, es decir, aquello que el dinero puede comprar soy yo mismo, yo, el poseedor del dinero” (Dussel, 2002: 173).

Dussel establece un correlato entre el culto al dinero y los cultos sacrificiales a Moloch y a Mammon.

El paradigma negativo opuesto, como contradictorio, es la «sociedad (Gesellschaft)» –no la «comunidad (Gemeinschaft)»– de aquellos individuos aislados, solitarios, sin comunidad, cuya vida es succionada, «chupada» por un «Anti-cristo» (el demonio, el fetiche, Moloch, Mammón, el «Señor del mundo», etcétera) que vive de la vida sacrificada del trabajador. En este caso no es Cristo quien es donador de vida a las personas individuales plenamente realizadas en la comunidad. Ahora es el Anti-cristo que vive de la vida sacrificada de la sociedad de los aislados: esto constituye el «carácter social» del trabajo, de las personas, etcétera. Es decir, la «relación social» (en la que consiste el capital) es una «relación» de dominación, de extracción de vida, fetichista, idolátrica. Es una adecuada definición (en buena teología protestante, y aun católica tradicional) del demonio (Dussel, 2002: 173).

Como en los cultos sacrificiales, el dinero y el capital son ídolos que succionan las vidas de los seres humanos concretos. La lógica propia de la acumulación capitalista exige el sacrificio de incontables vidas humanas. El capital, en tanto dios *real* de las sociedades modernas, es el principio y fin de toda acción. Dussel observa que, para Marx, es el dinero a quien sirven los que se dicen cristianos en su vida cotidiana. Más allá de los cultos “oficiales”, en la práctica diaria, es el dinero el objeto de culto. Se trata de un culto sacrificial, frente al cual no sólo se sacrifican las vidas de las clases dominadas, sino que el propio capitalista sacrifica todo en pos de su acumulación.

Las figuras de Moloch y de Mammon empleadas por Dussel (quien, a su vez, las cita directamente de Marx) son el equivalente teológico del capital. El capitalismo lleva consigo la misma lógica que los cultos sacrificiales: cercenar la vida en pos del fetiche. En el planteo de Dussel, esta equiparación metafórica del capital con Moloch y Mammon conlleva a un doble movimiento de comprensión. Por un lado, en torno al pensamiento de Marx, más allá de la ortodoxia marxista. Por otro lado, en torno a una teología que no caiga en la idolatría. Es decir, esta equiparación metafórica hace más comprensible la esencia del pensamiento de Marx, como la esencia del pensamiento cristiano.

Ahora puede entenderse el significado de la idolatría o el culto al demonio, a Satán, en la Biblia. Quien ofrece a Dios un pan robado al pobre, sacrifica al ídolo la vida

del pobre. El pobre es el «hijo» (el indio) y el celebrante (Bartolomé de las Casas, el «rico») que ofrece dicho pan arrebatado al pobre en la injusticia; ofrece al «padre» («dios» o el fetiche) la vida misma de su hijo: «es sacrificar al hijo delante de su padre». El padre que anhela perversamente el sacrificio de su hijo, que desea su sangre, no puede ser un Padre de amor, sino un Ídolo sanguinario, Moloch, Mammón, el Dinero, el Capital tal como lo entendía Marx. eso expresa el texto bíblico: «El Altísimo no acepta la ofrenda de los impíos». ¿Cómo podría aceptar dicha ofrenda que se sacrifica al Ídolo, al Fetiche, a Satán? Dios no desea que se le ofrezca la vida del hijo asesinándolo en su presencia. Dios desea la vida del hijo como existencia libre; desea justamente como culto aceptable que se niegue la muerte del dominado: la necesidad del pobre, del oprimido. Dar de comer al hambriento, devolver la vida al «muerto», dar la vida al que le falta vida es el culto que ama el Altísimo. El culto fetichista ofrece al Ídolo el pan robado, la sangre del pobre; el culto eucarístico ofrece al Padre de bondad el pan de justicia, el pan que ha saciado el hambre: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común. Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos según sus necesidades. A diario frecuentaban el templo en grupo. Partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón» (Hechos 2,44-46).(Dussel, 2002: 196-197)

Referencias

Dussel, Enrique, *Las metáforas teológicas de Marx*, Buenos Aires, Clacso, 2002.

Fromm, Erich, *Marx y su concepto de hombre*, México, FCE, 1970.

Marx, Karl, *Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, Claridad, 2009,

Marx, Karl, *El capital. Crítica de la economía política. Vol. I*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 1973, p. 37.